

# Historia de la Esperanza

Eduardo Martínez

Filósofo. Miembro del Instituto E. Mounier.

Pensemos en la historia como un proceso temporal (pasado-presente-futuro) representado por una línea dibujada en un papel. Dependiendo de la caracterización de dicha línea nos encontraremos ante diferentes modos de entender la historia:

- Si planteamos que *la línea es recta*, la historia será concebida como un conjunto de hechos irrepetibles y con un cierto sentido, pudiendo ser éste decadente o ascendente. La Grecia clásica, por ejemplo, entendió que su época («la edad de los Hombres») era un fruto decadente de otros momentos mejores, de un pasado glorioso. Según Hesíodo este pasado se componía de cuatro edades: la de Oro (donde los hombres vivían como dioses), la de Plata, la de Bronce, y la de los Héroes. La Ilustración, por el contrario, se tenía por el mejor de los momentos históricos acontecidos, la era de la emancipación, el siglo de la luz, el momento de la victoria del conocimiento frente al oscurantismo de los prejuicios mítico-religiosos. Acierta Ortega y Gasset al analizar el paisaje cultural del siglo xx. En *La Rebelión de las Masas* observa cómo nuestra época se siente poseedora de un dominio técnico y científico de un nivel añorado en el pasado; pero también, da cuenta de cómo nuestro tiempo percibe claramente que este señorío material convive con una grave crisis espiritual. Tal es la complejidad de nuestro tiempo posmoderno.

La interpretación cristiana de la historia cae también bajo esta categoría. Ella afirma que la historia está marcada por el designio de la voluntad divina. El proceso histórico se define, desde esta perspectiva, como un proceso de perfeccionamiento material (iniciado con la creación) y moral (estimulado por la revelación), como una libre relación personal entre la Humanidad y Dios cuya pretensión esencial es la salvación por el amor.

- Si proponemos que *la línea es una circunferencia*, estaremos ante una comprensión de la historia como «retorno», como repetición más o menos similar de lo acontecido en el pasado, arrostraremos una noción que plantea un sentido por completo inmanente. En el pensamiento y la espiritualidad orientales se da con frecuencia esta noción cíclica de la historia. Ejemplos de ello son la interpretación egipcia de las estaciones como expresión del ciclo de la vida (marcado por el ritmo de crecidas del río Nilo y las cosechas), y la reencarnación en el budismo (*samsara*) en aras de una armonía con el todo cósmico (*nirvana* o disolución del deseo como modo de evitar el dolor). En el pensamiento occidental Nietzsche es el principal baluarte de esta tesis con su «eterno retorno de lo mismo». Él trata por esta vía de huir de una concepción lineal de la historia con un sentido trascendente (la propia del cristianismo). Para Nietzsche la historia sería un

ciclo donde lo importante no son las coincidencias entre los acontecimientos, sino que no hay un sentido fuera del mismo decurso histórico.

- Si afirmamos que *la línea está fragmentada* en varios puntos, es una noción azarosa de la historia la que se presenta, donde no habría decadencia ni progreso como no habría retorno alguno: ella sería tan sólo un mero caos sin sentido. Por esta senda irían algunas interpretaciones de la historia como un río salvaje e inhumano que pugna por devorar todo a su paso, especialmente al hombre y a sus construcciones culturales, las cuales no serían sino intentos de ordenar y dar sentido a lo que de por sí no lo tiene. Esta postura es defendida por pensadores de un existencialismo pesimista o de un nihilismo extremo; es decir, en una negación de la posibilidad de las significaciones culturales más elementales: sentido existencial (tanto individual como social), ordenación política y económica mínimamente justa, etc. Desde este punto de vista el hombre daría sentido a su ser histórico pero la vigencia del mismo sería evanescente, los embates del caos histórico derribarían todos sus intentos por dar lógica a lo que no la posee.

Las *consecuencias* del sostenimiento y propuesta de las diferentes nociones de historia no son indiferentes. No se trata de escoger por razones estéticas el modelo que más

## Filosofía para un tiempo de crisis

nos agrade. De la defensa de uno u otro modelo explicativo dependen cuestiones de máxima importancia en el terreno de la ética, de la política, así como de la concepción de sí mismo y de la realidad en general que el hombre llega a tener. Una noción lineal de la historia, por ejemplo, va a ofrecer al hombre un sentido de su existencia, un plan para el correcto ordenamiento de la sociedad, además de dar relevancia a su papel individual dentro del proceso histórico global. Una noción circular, en cuanto implica cierta idea de repetición, de predestinación, trata de ilusorias las humanas ansias de un sentido trascendente para la existencia, además de proponer un sentido inmanente que suele consistir en la disolución de lo humano en el todo cósmico o natural, o lo que es lo mismo, afirma que la finalidad de la historia humana reside en su propio aniquilamiento, precisamente en aquello que tiene de humano: su conciencia, su libertad, su culturalidad. Por su parte, una noción azarística de la historia descalifica las pretensiones morales según las cuales el bien debe preponderar frente al mal, niega la posibilidad de sentido alguno –trascendente o inmanente– para la existencia, sumiendo al ser humano en la angustia y la desesperación.

El personalismo comunitario se decanta preliminarmente por un modelo rectilíneo de la historia. No obstante se deben hacer *algunas precisiones* dentro de este ámbito. Hay que tener en cuenta que es compatible la representación rectilínea de la historia con la defensa de un determinismo (es el caso del protestantismo por efecto de su idea del pecado original: el hombre depende absolutamente del designio de Dios para salvarse; Dios ha elegido desde el principio de los tiempos a los que deben salvarse). Además, la posición que caracteriza la historia como decadencia, dentro de una concepción rectilínea, marca su presente con una impronta tradicionalista, donde el co-

nocimiento acumulado en el pasado tiene más valor que la libre investigación, donde la autoridad se legitima por la antigüedad de una situación de hecho, y donde la moral se dirige a la conservación de costumbres tenidas por deseables en épocas anteriores, asentadas siempre sobre una noción del hombre configurada tradicionalmente. También debemos percatarnos del extremo opuesto: el de la noción de historia como progreso típica de la Ilustración. Para el ilustrado su presente es el mejor de los tiempos acaecidos, y por ello toda realidad se legitima por la virtualidad intrínseca que encierra, no por el valor que le confiera un pasado más o menos sobreestimado. Los caracteres de esta concepción se tornan nocivos al pretenderse maniqueamente que todos los males provienen de la tradición, de lo pasado, de lo antiguo, y todos los bienes tienen su causa en una apuesta por la modernidad. Cuando el presente del que hablamos no satisface todas las condiciones exigidas para calificarlo de perfecto, se afirma que quizá este presente no sea el sumo bien acabado, pero sí el buen camino que llevará indefectiblemente a esa meta deseada. A esta posición se la denomina *progresismo*, pues confía en que la historia es un proceso de perfeccionamiento donde lo pasado siempre es más imperfecto que lo futuro. Es claro que esta posición provoca un rupturismo con el pasado. No es casualidad que ésta fuera la ideología que se impuso al morir el antiguo

régimen medieval, constituyendo los pilares de la moderna concepción del mundo en todas sus manifestaciones.

Hay un tema que hemos dejado de lado: el de *la finitud o infinitud de la línea* que nos ha servido como expresión gráfica de nuestro tema. O lo que es lo mismo, no hemos tratado el asunto problemático de la eternidad o finitud temporal de la historia. Lógicamente los modelos que se proponen como circulares apuestan por una infinitud de la historia, ya que este planteamiento no puede proponer un principio ni un final del proceso histórico, como no puede designar puntos semejantes en una circunferencia. En los modelos que plantean un esquema rectilíneo cabe la dualidad entre los que se decantan por la eternidad de la historia o los que prefieren una noción finita de la misma. Los primeros se inclinan en su mayoría por un sentido inmanente de la historia, los segundos suelen afirmar un sentido trascendente de la historia.

Personalmente opino que el debate sobre la eternidad o finitud temporal de la historia es menos relevante que el del esquema gráfico (el tipo de línea que se plantee para representarla). Creo que, expliquemos como expliquemos el origen y presunto fin de la historia, lo más relevante se sitúa fuera de este debate. Además, la claridad aportada por estos razonamientos promete ser escasa, pues se antoja paradójico el que un ser inserto y determinado por el curso temporal, como es el caso arquetípico del hombre, trate de hallar el inicio o el fin del mismo. Por todo ello se debe afirmar que lo esencial de la discusión sobre la historia reside en cómo el hombre se sitúa ante su propia temporalidad, ante el carácter ineludiblemente histórico de su realidad.

El *personalismo comunitario* cree que la historia sólo se define adecuadamente a partir de la categoría de *esperanza*; y que sólo nos situa-

## Filosofía para un tiempo de crisis

mos correctamente ante nuestra propia historicidad cuando la concebimos como *historia de la esperanza*. Dentro de los parámetros que hemos venido manejando, esto equivale a un modelo explicativo que cree que la historia es un decurso no necesariamente progresivo ni decadente, precisamente porque la libertad-responsabilidad-conciencia del hombre es la condición de posibilidad de la historia, y cuyo sentido es trascendente ya que señala a una realidad extrahistórica: Dios. Esta referencia trascendente no supone una mera marcha hacia lo no histórico, sino una orientación de todo lo mundanal en función de aquella realidad preeminente. Tal realidad tiene un carácter personal y establece una relación con el hombre que tiene en el amor y la solidaridad sus rasgos más propios. Una de las características principales de esta relación es que designa la existencia humana como esencialmente abierta a los otros hombres y a Dios, de tal forma que estas dos vertientes no se oponen sino que se condicionan: si no amas a tu hermano al que ves, no puedes amar a Dios al que no ves; si no amas a Dios, dechado de amor y perfección, serás incapaz de amar al hermano que tanto dolor puede llegar a procurarte. En versiones personalistas agnósticas encontramos que todo lo que afirma el personalismo cristiano sobre el Dios personal se traslada al ámbito de un ideal de bondad que cumple el papel de utopía rectora respecto de la realidad. Tal es el caso del personalismo anarquista. Pero pasemos ahora a analizar la clave interpretativa que hemos planteado como fundamental para la correcta comprensión de la historicidad humana: la *esperanza*.

Hablar de «la esperanza» no es lo mismo que hablar de «las esperanzas». Son altamente significativos

en este caso el artículo determinado y las mayúsculas. El hombre puede tener «esperanzas» de que se realicen hechos más o menos relevantes y apetecibles para su vida concreta, y con la satisfacción de esos anhelos resolverá alguna carencia preexistente. Pero lo único que puede dar al hombre la satisfacción absoluta, la felicidad plena, es el acontecimiento de «la esperanza». Levinas, en su obra *Humanismo del Otro Hombre* (Caparrós Editores-I. E. Mounier, Madrid 1993 págs. 42-50), distingue entre «deseo» y «Deseo». El primero se refiere al anhelo que es provocado por una carencia previa. Así por ejemplo la carencia de alimentos provoca en el organismo vivo el deseo de comer. Una vez eliminada la carencia el deseo desaparece. Pero en el caso del segundo encontramos que no se origina en carencia alguna, muy al contrario surge por encima de las carencias que puedan existir, aunque todos los deseos hayan sido satisfechos. A este tipo de deseo lo llama Levinas «Deseo del Otro», y se caracteriza por no ser causado por necesidad alguna («deseo sin tacha» lo llama Paul Valéry), por no colmarse jamás con lo Deseado sino por ahondarse aún más al tratar de satisfacerlo («compasión insaciable» lo denomina Dostoievski), por constituir la apertura primaria y esencial del hombre a la relación con los otros hombres y con Dios.

El «Deseo del Otro», «la Esperanza», no aparecen por la libre iniciativa del hombre, surge sólo como respuesta a una vocación, a una llamada por parte del Otro. Esta llamada se expresa según Levinas en un mandato: «¡No me mates!»; y plantea un reto a nuestra libertad y a nuestra conciencia, requiere de ellas una capacidad de respuesta (responsabilidad). En el fondo de esta llamada del prójimo late la voluntad de Dios, ya que el Otro Hombre es efectivamente la «huella» de Dios, el signo que nos habla del sentido de la Historia en clave de Esperanza: la construcción de un orden personal donde la no violencia, el amor entre los hombres y el apoyo mutuo primen frente a la agresión, el odio y la insolidaridad. Ciertamente, este proceso no progresará continuamente. En ocasiones retrocederá por la conducta humana irresponsable frente a su profunda vocación, por el mal uso de su libertad frente a la llamada del Otro Hombre. Pero, de cualquier modo, en el corazón del hombre pervivirá siempre este Deseo, esta Esperanza. Esta vocación deberá conducir a la Humanidad, desde la edad infantil en la que se halla, a una etapa de madurez, de emancipación, de «ilustración». Eso sí, estos términos tienen un significado muy diferente al que les dieron los ilustrados. Nos oponemos aquí a la idea de libertad como autonomía, como independencia, como «libertad de». En este ámbito no se puede hablar de madurez sin una libertad dirigida al bien del otro hombre, no es posible la emancipación sin el uso responsable (al servicio del Otro) de nuestra libertad. Tampoco existe «ilustración» sin «revelación», sin el descubrimiento del sentido profundo, del Deseo inagotable, de la Esperanza radical de nuestra realidad histórica, que se expresa, eminentemente, en el rostro del prójimo.